Carlos Fernández Shaw

EL HOMBRE FELIZ

COMEDIA

en un acto y en verso, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

EL HOMBRE FELIZ

COMEDIA

en un acto y en verso

ORIGINAL DE

CARLOS FERNANDEZ SHAW

Estrenada en el TEATRO ARRIAGA de Bilbao, la noche del 6 de Noviembre de 1906

MADRID
G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1906

A mi querido amigo y compañero

Enrique Manso Torres

en testimonio del leal afecto
y sincera gratitud,

Carlos Fernández Shaw.

12 de Diciembre de 1906.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN	Srta. Palma.
SEÑÁ VICTORIA	Sra. Valls.
DON PACO	Sr. Reig.
DON CLETO	Soler.
JOSÉ MARÍA	Palacios.
MAXIMINO	Gutiérrez.
RETAMA	Molinero.
PÉREZ	Vicent.
PULIDO	Palma.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO UNICO

Habitación de un sotabanco, pobremente amueblada, pero con orden y aseo. Puertas practicables al fondo, á la derecha y á la izquierda

ESCENA PRIMERA

CARMEN, DON PACO, MAXIMINO. Don Paco aparece sentado en un sillón grande, junto á una mesa de pino sin pintar, cuyo tablero se ve cubierto de papeles en desorden. Al otro lado de la mesa, como si despachara con él, está de pie Maximino. Carmen cose, sentada en una silla baja. Don Paco es un infeliz monomaniático, un loco pacífico, según suele decirse. El artista encargado de interpretar este papel ha de hacerlo de modo tal que el personaje nunca inspire terror y sí más bien compasión y simpatía

PACO — (Pasando unos papeles á Maximino.)
Toma, mi buen chambelán,
contesta tú por tu mano
las notas del Vaticano
y las cartas del Sultán.
Es la política mía
muy sutil; siempre á la capa. .
Vivir en paz con el Papa
sin ofender á Turquía.
Ya ves: la cuestión de Oriente.

MAX. — No importa, tío.

PACO — ¿Que no?
Todo el que es rey como yo

necesita ser prudente.
¡Fuera necio disparate!
Nada. ¡Al Sultán no le toco!
CAR. (¡Pobre! ¡Cada vez más loco!)
MAX. (Sí, prima, sí. De remate.)
PACO (A Maximino.)
Ven; te quiero consultar
sobre el empréstito.
MAX. ¿A mí?
PACO ¿Cuánto te parece á tí
que debo solicitar?
¿Dos mil millones? Confieso
que no sé...
MAX. No es demasiado.
PACO ¡Ah! ¿Sí? Pues pierde cuidado.
¡Cuatro mil! Lo que es por eso...
MAX. (Siguiéndole en su tema cariñosamente.)
Mejor. ¡Antes se despacha!
PACO (A Carmen.)
Y tú, ¿qué haces, hija mía?
CAR. Nada, tío Paco; zurcía
este chaleco...
PACO ¡Muchacha!
En oficio tan villano
una princesa... ¡Dios mío!
¡Zurciendo tú!...
CAR. ¡Pero, tío!
PACO ¡La heredera de mi hermano!
¿Qué diría si te viera
él, Archiduque y artista?
MAX. Justo, Archiduque... (y flautista
de una murga callejera.)
CAR. Vuelva usted á la razón.
MAX. (¡Calla, mujer!)
CAR. ¡Usted no sabe
nuestra situación!
PACO No cabe
más brillante situación.
Yo, soy rey. Tu padre augusto
infante...
(Observando que Carmen se sonríe.)
¡Siempre lo fué!
MAX. (¡Vaya! Siempre anduvo á pié,
y soplando que dá gusto!)

PACO (*Por Maximino.*)
Y en cuanto á mi chambelán...
MAX. ¡Yo no me quejo!
PACO (*A Carmen.*) ¡Pudiera
quejarse! ¡Buena carrera
has hecho tú, perillán!
Son muy raros los destinos
de los hombres.
MAX. ¡Ciertamente!
(*A Carmen.*)
Ya ves tú: ¡de dependiente
de frutos de ultramarinos
á duque!
CAR. (¡Qué disparate!)
MAX. En vez de vender arroz,
velas... y una cosa atroz
que llamaban chocolate,
¡impongo á todos la ley!
PACO ¡Ya es salto!
CAR. (¡Cómo desbarra!)
MAX. ¡De despachar butifarra
á despachar con un rey!
PACO Este, digas lo que quieras,
está en lo firme, mujer.
MAX. (*A Carmen.*)
Y acabaré por creer,
que soy Chambelán de veras.
PACO Tú eres modesta, chiquilla.
No lo puedes remediar.
¡Te empeñas siempre en llamar
á este palacio boardilla!
CAR. ¡Tío!
PACO ¡Verte así me pesa!
(*A Maximino, rápidamente y con acento imperioso.*)
¡Oye!
MAX. (*Con gran reverencia.*)
¡Majestad sagrada...!
PACO ¡Dispón una gran parada
en honor de la princesa!
Veremos si de ese modo
consigo...
MAX. ¡Perfectamente!
PACO Y que forme mucha gente.
¡Mucha! ¡Mi ejército todo!
¡Ya sabes! ¡Lo he decidido!

MAX. ¡Está bien!

PACO ¡Y ahora, á callar!

(Como disponiéndose á la meditación.)

MAX. ¿Cómo?

PACO ¡Ahora voy á pensar
qué rey la doy por marido.

MAX. (¡Sí que está loco de veras!)

CAR. (Me trastorna verle así.)

MAX. ¡Buscar novio para ti!
¡Como si tú los quisieras!
¡Ya lo tienes!

CAR. ¡Lo tenía!
¡Es distinto!

MAX. ¿Qué más dá?
¡Vas á decirme que ya
te olvidó José María!

CAR. ¡Puede ser!

MAX. ¡Bah! Porque ahora..

CAR. ¡Todo acabó, Maximino!
¡Todo!

MAX. ¡Bah! ¡Qué desatino!
¡Tú lo quieres, y él te adora!

CAR. ¡No, ya no! Me juzga infiel...

MAX. Déjate de tonterías.
Tú lloras hace ya días...

CAR. ¿Quién te ha dicho...?

MAX. Y es por él.

CAR. ¡Pues bien, sí! Si tu supieras...

MAX Yo sé que lo arreglo todo.

CAR. ¡Primo!

MAX. No sé de qué modo,
¡pero lo arreglo!

CAR. ¿De veras?

MAX. ¡Vaya! Los dos sóis iguales.
¡Tontos!

CAR. Es que yo no paso
porque él..

PACO (Que ha seguido cavilando, con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, sale de su meditación y dice á Maximino:)
¡Oye!

MAX. ¿Qué?

PACO ¡La caso
con el príncipe de Gales!

MAX. ¡Es un marido excelente.
CAR. No te burles. Haces mal.
(Óyese dentro, por la izquierda, la Marcha Real, tocada en una flauta.)
PACO ¿No escuchais?... La Marcha Real!
MAX. (A Carmen.)
Tu padre.
CAR. Seguramente.
PACO ¡Algún Infante! ¡Salid
á la escalera de honor!
CLETO (Que aparece por la izquierda, muy satisfecho.)
¿Eh? ¿Qué tal? ¡Soy el mejor
flautista que hay en Madrid!

ESCENA II

DICHOS y DON CLETO. Éste viste pantalón raído y gabán claro de entretiempo, muy usado. Lleva subido el cuello del gabán y se cubre con una chistera vieja

PACO ¡Pasa, hermano!
CLETO ¿Cómo estás?
PACO ¡Sin novedad! ¿Y tú, Alteza?
CLETO ¡Qué sé yo! ¡Con la cabeza
perdida! ¡No puedo más...!
PACO Reposa. Descansa un rato.
CAR. (A su padre.)
Trabajas mucho.
CLETO Hija mía.
Hoy tenemos un gran día.
Boda en la calle del Gato;
la tienda de los pañuelos,
en ésta; en la de la Flora,
gran bautizo: una señora
que ha tenido tres gemelos;
santo de una boticaria,
de un concejal y de un cura;
¡y sobre todo: apertura
de una nueva Funeraria!
MAX. ¡Y una Funeraria quiere
murga también?
CLETO ¿Por qué no?

El mismo dueño pidió
dos tangos...

MAX. ¡Y el *Miserere*!
¡Mire usted que la salida!
¡Tangos para funerales!

CLETO (A Carmen.)
¡Ah! Toma: los siete reales.
El jornal.

CAR. No se te olvida.

CLETO Pues si faltara el jornal
de este pobre jornalero,
¡bueno andaría el puchero
en este palacio real!
Gracias á que yo y mis socios
procedemos con cuidado...
Si no... Tenemos pensado
ensanchar nuestros negocios.
Se aumenta la Sociedad.
Está decidido al fin.
Un *fagot* y un *cornetín*.
¡Dos artistas de verdad!
Con esto y con otras varias
reformas en que pensamos,
el mes que viene tocamos
á dos pesetas diarias.

PACO Tú siempre de buen humor,
príncipe. Quien te escuchára
que hablas en serio pensára.

CLETO (Con naturalidad.)
Y hablo en sério, sí señor

PACO ¡Tocar tú por dos pesetas!

CLETO Y por menos.

PACO ¡Desgraciado!

CLETO Como tú. ¿Tú no has tocado
antes de? ..

PACO (Exaltándose.)
Poco respetas
mi persona. ¡A burla tal
mi regia sangre se opone!

CLETO Vuestra majetad perdone...

PACO Trátame de igual á igual.
Eres mi hermano

CLETO Eso sí.

PACO Mira, por tu amor al arte,

he pensado en obsequiarte
con algo digno de tí.

CLETO (¡Pobrecillo! ¡Cómo está!)

CAR. (Siempre soñando despierto.)

PACO Voy á dar un gran concierto.
¡Eso te divertirá!
¡Te lo arreglo en un segundo!
¡Verás!

CLETO No hay más que decir.

PACO ¡Oh! Te vendrán á aplaudir
todos los Reyes del mundo.
Y cuantos dictan las leyes
en el mundo musical.

CLETO Tienes razón. No está mal.
Yo echo luego entre los Reyes
un guante...

PACO ¿Tomas á risa
lo que quiero hacer contigo?

CLETO No, hombre, no; lo que yo digo
es que luego...

VIC. (Por la izquierda.) ¡La camisa!
(Aparece trayendo, como en bandeja, una camisa planchada y doblada cuidadosamente.)

ESCENA III

DICHOS y la SEÑÁ VICTORIA

CLETO ¡Señá Victoria!

VIC. ¡Yo! Gracias
á las llaves que me dejan,
como el otro por los muros,
yo me cuelo por las puertas.

PACO ¡Salud, duquesa!

VIC. Planchada
y flamante.

CLETO Está soberbia.

VIC. Soy una gran planchadora.

CLETO ¡A ver! ¿Qué camisa es esa?

VIC. Pero, ¿cómo? ¿Usted no sabe?...

CAR. No quise que lo supiera
hasta que la viese. Toma.

CLETO ¿Qué es esto?...
CAR. ¡Nada!
VIC. Una prueba
de su cariño.
CAR. Un regalo.
CLETO ¿Estás loca?
VIC. Es de primera.
¡De Holanda!
CLETO ¿Yo, con camisa?
¿Yo, esos lujos?
CAR. ¿La desprecias?
CLETO Al contrario; ¡pero es mucho!
MAX. (A Carmen.)
¡Muy bien!
CLETO Quizás por hacerla
te hayas privado...
CAR. ¿Qué importa?
CLETO Vales más oro que pesas.
¿Ves? Luego dice la gente
que soy llorón. ¡A la fuerza!
¿No he de llorar, cuando el cielo
me dá por hija... una perla?
Cuando miro...
VIC. Vamos, basta
de pucheros y pamemas.
CLETO Dice usted bien. Mira, Paco,
qué camisa tan bien hecha.
(Se aparta. Señá Victoria y Carmen quedan solas á un lado.)
VIC. Oiga usted: José María
está rabiando por verla.
CAR. ¡Qué ha de estar!
Usted se engaña.
VIC. Lo sé.
CAR. Pues no lo demuestra.
Quien vive pared por medio.
y en una semana entera
no ha entrado á verme ni un día,
ni me quiere, ni lo prueba.
VIC. Está celoso.
CAR. Y me ofende.
VIC. Pero la quiere de veras.
CAR. ¿El?
VIC. Se le ve que está triste.

¡Y es natural! No se encuentra
sin usted.

CAR. Suya es la culpa,
Victoria. ¿De quién se queja?

VIC. Hay que arreglar ese pleito.
A los dos les interesa.
El es un señor cajista
que gana cuatro pesetas
y usté es pobre. En esta casa
hay demasiada pobreza.

CAR ¡Pero vivimos! Yo quiero
solamente que él comprenda...

PACO Oye, Carmen. La camisa
que has bordado, me recuerda
la historia que me recitas
á veces.

CLETO (¡La cantinela
de todos los días!)

PACO Quiero
volver á escucharla. Empieza.

CAR. Luego, tío.

PACO ¡No, en seguida!

CAR. (No sé qué hacer.)

MAX. (¡Si se empeña!)

PACO ¡Encuentro gran semejanza
entre la amarga tristeza
de aquel monarca y la mía!

CAR. Es que...

(Suena una campanilla.)

VIC. Llaman á la puerta.

MAX. (Eso nos salva.)

CLETO Mis socios
deben de ser.

CAR. ¿Los esperas?..

CLETO Como siempre: ¡Hoy es domingo!
¡Día de ajuste de cuentas!

VIC. Iré yo á abrir. ¡Hasta luego!

MAX. Adiós, señora portera.

(Mútis de Victoria por la izquierda.)

ESCENA IV

CARMEN, DON CLETO, DON PACO, MAXIMINO, RETAMA, PÉREZ y PULIDO

CLETO Ellos son. Pasen, amigos.
RET. Muy buenas tardes.
CAR. Muy buenas.
RET. Hola, Paco.
PÉREZ Adiós, compadre.
PUL. ¿Cómo vamos? (A Paco, todos.)
PACO (¡Qué franquezas!)
PÉREZ ¿Estás ya mejor?
CLETO (¡Cuidado!)
PUL. ¡Lo que es la cara es soberbia!
RET. Ya te habrá contado Cleto
el trabajo que nos cuesta
llenar tu hueco en la murga.
(Don Paco sonríe con aire de superioridad.)
CAR. (¡Prudencia, por Dios!)
MAX. (¡Prudencia!)
(Continúan el diálogo con Carmen y Maximino, mientras don Paco sigue mirándoles fijamente.)
PÉREZ ¡Es que era el gran *violoncelo*!
RET. ¡Para tangos y habaneras
el *non plus*!
PÉREZ (Á Carmen.) ¡Y tú no sabes
cuántos chicos le recuerdan!
RET. Ayer, uno preguntaba:
«Y el *tío* de la chistera?
PUL. ¡Nos hizo ganar bastantes
perras gordas!
RET. ¡Y aun pesetas!
PACO (Indignado.)
¡Eh! ¡Callad! ¡Callad, villanos!
¡Y respeto á la rëaleza!
PÉREZ (Soy un torpe...)
RET. (Se me olvida...)
CLETO (¡Le habéis tocado en la cuerda
sensible!)

RET. Chico, perdona.
PACO Bien pagáis la honra suprema
que os dispenso al recibiros
sin que me pidáis audiencia.
¿Porque desciendo á vosotros
me insultáis de tal manera?
PUL. Vaya, vaya; no te enfades.
RET. Pero, hombre; ¿tomas á ofensa
que diga que eras el músico
más notable de la tierra?
PACO ¿Otra vez?
CLETO (¡Andad con tiento!)
PACO (Exaltándose cada vez más.)
¿Qué dirían las potencias
si lo oyesen? ¿Qué dirían
Rusia, Alemania, Inglaterra?...
MAX. (¡Ya tenemos para un rato!)
PACO (Á Maximino)
Por Dios, que esto no se sepa,
Chambelán; ¡ay, del menguado
que lo contase!
CLETO (¡Cualquiera
lo calma ya!)
CAR. (Yo lo calmo.)
CLETO (¿Tú?)
CAR. (Sí. Trabajo me cuesta,
pero verás...) ¿No querías,
tío Paco, que te digera
esa historia que te gusta?
PACO (Con rápida transición.)
¡Sí, hija; sí!
CLETO (¡Gran ocurrencia!)
RET. ¿Qué dice?
CLETO Su idëa fija:
Que le reciten ó lëan
un cuento viejo.
MAX. ¡Más viejo
que el andar á pie!
PACO Comienza.
(Impónese á todos. Carmen recita.)

Apólogo

Enfermó de pronto un día
cierto monarca oriental.
¿Qué enfermedad padecía?
Ningún doctor descubría
los orígenes del mal.

—

Su fuerte naturaleza
no minaban los dolores,
sino una oculta tristeza.
Por curarla, los doctores
se quebraban la cabeza.

—

Llenaron sus alhamíes
con cien mujeres hermosas,
más que mujeres huríes,
de frescos senos de rosas
y de lábios de rubíes.

—

De las trompas el clamor
resonó por las florestas
con gozo del cazador,
y ardió la corte en amor
y en regocijo y en fiestas.

—

Mas ni placeres, ni orgías
donde olvidar quiso en vano,
ni amores, ni cacerías,
curaban del soberano
las hondas melancolías.

—

Dábalo ya por perdido
sin duda, la facultad,
cuando entró un desconocido
y diz que dijo, atrevido:
«Yo salvo á su majestad».

—

Creyendo que era un beodo,
se tomó la oferta á risa,
mas él siguió de este modo:
«Póngase al rey la camisa
de un hombre feliz del todo,

—

y al momento ha de sanar,
como otros muchos sanaron,
os lo puedo asegurar.»
Los doctores consultaron,
y dijeron: «¡A probar!»

—

¡El remedio no es penoso
y el rey casi está difunto!
Ensayar es lo juicioso.
«¡A ver! ¡La camisa, al punto,
de quien se juzgue dichoso.»

—

Nadie en Palacio lo era,
porque nadie respondió,
y entonces la corte entera
buscó, desalada, fuera
lo que en Palacio no halló.

—

Mas—caso extraño en verdad—
por parte alguna se hallaba
tal dichoso en la ciudad.
Nadie se consideraba
en plena felicidad.

—

Uno: «Sufro porque espero.»
Este: «¡Yo me sacrifico!»
Aquel: «No soy lo que quiero.»
El pobre: «¡Si fuera rico!»
El rico. «¡Cansa el dinero!»

—

Nadie feliz se creía
de la vida en la jornada,

y en tanto el rey se moría
y la camisa anhelada
ni con candil parecía.

—

Un magnate, el caso al ver,
buscando mayor espacio,
salió el reino á recorrer,
decidido á no volver
sin la camisa á Palacio;

—

y con fuerte cabalgata,
buena provisión de plata
y un corazón animoso,
emprendió la caminata
detrás de un hombre dichoso.

—

Con diligente cuidado,
pueblo á pueblo y senda á senda,
recorrió todo el Estado,
y ni halló al hombre soñado,
ni encontró la ansiada prenda.

—

Con honda contrariedad,
y aunque tarde, convencido
de que no hay felicidad,
dió la vuelta á la ciudad
sin la camisa, y corrido,

—

cuando al pié de una colina,
de pobre choza delante,
vió gente bajo una encina.
Era el cuadro interesante
de una fiesta campesina.

—

Grupos donde se mezclaban
hombre y mujer, niña y mozo,
junto á un anciano bailaban.
¿Qué suceso, con tal gozo,
tantas gentes celebraban?

—

La fiesta del noventón,
del viejo que, casi inerte,
y envuelto en roto mantón,
miraba, feliz y fuerte,
su envidiable sucesión.

—

Conmovido el cortesano,
con instintivo respeto
estrechó al viejo la mano,
y «¡Ay, señor!» dijo el anciano.
«Yo soy feliz por completo.

—

Dios me colma de alegría
cuando mi vida se acaba.
¡Toda esta familia es mía!»
¡El magnate no podía
creer en lo que escuchaba!

—

¡Al fin! La dicha que en vano
buscó entre la gente moza
y entre el brillo cortesano,
se encontraba... ¡en una choza!
¡y encarnada en un anciano!

—

Sobre él con fuerza cayó.
Acudió su gente aprisa
y al anciano sujetó.
¡Levantó la manta! ¡¡Y vió
que no llevaba camisa!!
(Pausa.)

—

REI. ¡Pues el cuento es muy bonito!
PACO Y es mi historia toda entera.
Yo tengo, ¡como ese rey!
corona, poder, riquezas.
¿Qué me falta? ¡La camisa
del hombre feliz! ¡Mi tema!
¡Oh! ¡Si pudiese alcanzarla!

CLETO (A Carmen.)
(¡A ver si al fin te lo llevas,
que nos estorba!)

CAR. Tío Paco,
vamos á tu alcoba.

MAX. Espera,
mujer; no le digas eso.
(Yendo á él y hablándole con respeto y con aire misterioso.)
En la cámara de audiencias
están el rey de Abisinia
y el gran Tamerlán de Persia.

PACO (¡Oh! ¡Pues vamos!)
¡Perdonadme!

MAX. (A Carmen.)
¿Ves?

PACO ¡Y buscadme sin tregua
un hombre feliz! ¡Buscadlo!
¡Recorred toda la tierra!
¡Necesito esa camisa!
¡Doy cien millones por ella!

CLETO ¡Se buscará!

RET. (¡Pobre Paco!)

PACO (A Maximino.)
Sígueme. (A Carmen.)
Pasad, princesa.
(Mútis muy estudiado, haciendo pasar por delante, con ceremoniosa cortesía, á la muchacha y haciéndose seguir de Maximino.)

ESCENA V

DON CLETO, RETAMA, PÉREZ y PULIDO

(Pausa, muestras de compasión, etc.)

CLETO Se abre la sesión, señores.

RET. Pues entonces, con la vénia
del presidente, comienzo:
(Sacando un papel.)
Traigo la lista completa
para mañana.

PÉREZ Veamos.

RET. (Lee.)
«Cruz, noventa y siete. Tienda
de caprichos». «Lotería».

CLETO ¿Qué dices?

RET. ¿Yo? Que á la dueña
la ha tocado el premio gordo.

CLETO ¡Oh! Pues entonces, á esa...

RET. ¡La Marcha Real!

CLETO ¡Y el tango
de *Los lunares*!—¿Es séria?

RET. Tiene un lunar.

CLETO ¡Pues el tango!
¿Qué te parece? (A Pérez.)

PÉREZ De perlas.

RET. (Sigue leyendo.)
«Pez, ochenta y cinco. Ascenso.
Piso cuarto de la izquierda.
El inquilino ha ascendido...»

CLETO ¿A las guardillas trasteras?

RET. A capitán.

CLETO Bueno; sigue.

RET. «Conde de las Covachuelas,
banquero. Le han extraído
dos quistes de la cabeza».

PUL. ¡Un banquero con dos quistes!

CLETO No; sin dos quistes.

PÉREZ ¡Aprieta!
Ese nos da cinco duros.

RET. Dicen que está muy contenta
la familia. Tocaremos...

CLETO ¿A cuánto?

RET. ¡La mar de piezas!
¡Todo el repertorio!

PÉREZ ¡Digo!

RET. ¡Aunque los quistes le crezcan
de nuevo!

CLETO Vamos despacio,
que donde menos se piensa,
en vez de echarnos un duro,
ya sabéis lo que nos echan.

PÉREZ ¡Una cofaina!

PUL. Y á veces
una...

CLETO ¡Sí, no dés más señas!

RET. ¡Esa es la excepción!
CLETO Pues, hombre,
¡si ocurriese con frecuencia!
RET. ¡Hay gente que no ama el arte!
CLETO ¿Recordáis «la noche aquella»
en que salió trás nosotros
un señor con escopeta?
PÉREZ ¡Porque tocamos *Lucía*!
RET. Estoy seguro de que era
un *vagneriano*.
CLETO ¡Yo creo
que era un salvaje!
PUL. Si llega,
á alcanzarnos, nos...
CLETO ¡De fijo!
RET. ¡Bien! Suma y sigue.
(Sacando otro papel.) La cuenta
de la semana.
CLETO ¿La has hecho?
RET. Al céntimo. Viene en regla.
Los siete reales diarios
de cada cual; cero treinta
de pez para los violines;
una clavija, tres cuerdas,
dos panecillos del día
en que fuímos á las Ventas...
CLETO Está bien, pero, hay sobrante?
RET. ¿No ha de haber? ¡Ocho pesetas!
PÉREZ ¡Ocho!
PUL. ¡Jesús!
CLETO ¿Es posible?
¡Una fortuna!
RET. (Sacando las monedas y repartiéndolas.)
Como estas.
¡A dos por barba!
PÉREZ ¡Dios mío!
PUL. ¡Dos más!
CLETO ¡Esto es la opulencia!
RET. Pues, ya véis y eso que falta
el pobre Paco..
CLETO ¡Qué breva
la de ser murguista!
RET. ¡Claro!
¡Mucho menos dá una piedra!

CLETO ¡Y al fin y al cabo, nosotros
vivimos hasta con ciertas
pretensiones!
RET. Lo que ocurre,
y vuestra desgracia es esa,
es que muy pocos se ajustan
á lo que tienen. ¡Si hubiera
en el mundo muchos hombres
como yo, que se sujetan
á lo que ganan, y así
ni derrochan, ni se empeñan,
otro gallo nos cantára
de seguro!
CLETO Mira, deja,
el sermón para la noche.
¡Tú siempre el mismo!

ESCENA VI

DICHOS y CARMEN

CAR. Ya queda
el infeliz más tranquilo.
RET. Pobre Carmen. ¡Qué enfermera
tan dulce!
PÉREZ ¡Tan cariñosa!
CAR. ¡Por Dios, Pérez!
PUL. ¡Y tan buena!
CAR. ¿Y qué tal, qué tal ha sido
el reparto?
CLETO ¡A dos pesetas!
(Siguen hablando Carmen, Pérez y Pulido.)
RET. Oye, Cleto, y que esos otros
no nos oigan.
CLETO ¿Qué?
RET. ¿Me prestas
esas dos pesetas tuyas
hasta el sábado?
CLETO ¡Me dejas
patidifuso! ¿Tú?
RET. Yo
¿Qué quieres? Las exigencias
del mundo, los compromisos
de la vida...

CLETO — Me revientas,
Retama.

RET. — No me las niegues,
por Dios Cleto, y considera
que cuando yo te las pido.
Pero que nadie lo sepa.

CLETO — ¡Nadie! Ni Carmen tampoco.
(Entregándole las dos pesetas.)

RET. — ¡Cá!

CLETO — Mira que si se entera
me arma el primer caramillo.

RET. — ¿Qué te ha de armar? Es muy buena.

CLETO — ¡Por eso precisamente,
que es bien natural que quiera
lo suyo para los suyos!
¡Y que se pone tremenda!

PÉREZ — ¡Conque vámonos, que es tarde
Retama!

RET. — ¡Andando!

PUL. — ¡Adiós, prenda!

CLETO — ¡Hasta la noche!

PUL. — Hasta luego.

CLETO — ¡Anda y ábreles la puerta,
muchacha!

RET. — No te molestes.
¡Adiós!

CLETO — Más te valiera
que echases menos discursos
y tuvieses más vergüenza.

CAR. — ¡Vayan ustedes con Dios!

RET. — ¡Adiós!

PÉREZ — ¡Adiós!

CLETO — ¡Qué gatera!

(Mútis de Cleto por la derecha llevándose la camisa, y de los otros por la izquierda.)

ESCENA VII

CARMEN y MAXIMINO

MAX. — ¡Carmen!

CAR. — ¡Maximino!

MAX. — Estaba

esperando á que se fueran.
¡Vá á venir!

CAR. ¿José María?
No te creo. Están muy feas
las cosas, y él es muy terco...

MAX. ¡Pues ya ves!...

CAR. ...¡para que venga!...

MAX. Pues viene.

CAR. ¡Cá!

MAX. Para mí,
que no puede con las penas
que tiene, y que necesita
desahogarlas...

CAR. No. Más negras
son las mías, y me aguanto
y me consumo con ellas.

MAX. Calla.

J. MAR. (Dentro.) Pues, adiós, señores.

CAR. ¡El! Se ha encontrado en la puerta
con esos...

MAX. Adiós.

J MAR. ¿Se puede?

CAR. ¡Pase usted!

MAX. ¡Si Dios quisiera!
(Mútis por el fondo)

ESCENA VIII

CARMEN y JOSÉ MARÍA. Sale éste por la izquierda

CAR. ¡Por fin has venido!

J. MAR. ¿Qué venga te extraña?

CAR. Mi primo me ha dicho que verme querías.

J. MAR. Y á mí me ha contado que tú me llamabas.

CAR. Mintió. Yo no puedo
llamarte á mi casa.
Pues de ella te fuiste, bien haces, sin duda.

J. MAR. Pues ya estoy en ella, charlemos con calma.

CAR. ¿De qué? ¿De tus celos?

J. MAR. Mejor de tus faltas.

CAR. ¿Mis faltas?... En una resúmense todas:
¡haberte querido como una insensata!

Haber puesto, enteras,
la vida y el alma
en hombre que nunca pagó mi cariño.
¡Sembré en mala tierra! ¡Busqué mi desgra-
[cia!

J. MAR. ¿Lo dices, de veras,
así, cara á cara?
¡Yo sí que la vida por tí hubiera dado!
¡La diera... aun hoy mismo que sé que me
[engañas!

CAR. ¿Por qué dices eso?
¿Por qué me maltratas?

J. MAR. ¡Escucha: la tarde que hablaste con Pablo
bien claro veías que yo te miraba!

CAR. ¿Debí no mirarle...
volverle la espalda?

J. MAR ¿Y á Juan, el armero? ¿Tampoco el domingo
con él, á la puerta, te he visto de charla?...

CAR. Pasé, y me detuvo;
le hablé dos palabras...

J. MAR. Cien veces me has dicho que te ha preten-
[dido.

CAR. Mas nunca te dije que yo lo aceptara.

J. MAR. De todo recelo.

CAR. Me ofendes, sin causa.

J MAR. ¿Qué avaro no teme perder su tesoro?

CAR. ¡Quien sabe de sobra que él mismo lo guarda!

J. MAR. Yo sufro dudando.
Las dudas me matan.
Pregunta á mi madre; decírtelo puede.

CAR. ¿A que ella no piensa que yo soy tan *mala*?

J. MAR. ¡Oh! ¡No! Te defiende.
La pobre baldada
no pide otra cosa que verte de nuevo.
Te quiere, y no vive si no la acompañas.

CAR. ¿Lo ves? Quien bien quiere
no ofende, no ultraja.

J MAR. ¿Qué vas á decirme? ¿Qué yo no te quiero?

CAR. No sé...

J. MAR. Que te adoro mis celos proclaman.
¿Qué indican mis dudas?
¿Qué prueban mis ansias?
Que sueño contigo, que temo perderte;
que si alguien te mira, mi sangre se abrasa.
(Con pasión creciente.)
Que yo, ser quisiera,

por arte de mágia,
la tierra que pisas y el aire que bebes,
¡la luz que en tus ojos refleja sus llamas!
Así es mi cariño.
¡Ya sé que te extraña!
¿Qué sabe de celos tu amor sosegado?
¡Del tuyo hasta el mío va mucha distancia!
¿Por qué no me miras?
¿Qué tienes que callas?
Sufrí las traiciones; no sufro el desprecio.
¡Respóndeme al menos! ¡respóndeme, in-
[grata!

CAR. ¿Qué voy á decirte?
Tus celos me agravian.
Querer que así duda mas bien es afrenta.
¿De mí desconfías? ¡Pues, vete y acaba!
Terminen las quejas,
las dudas que manchan,
el ruego que humilla, y el odio que acusa,
la ofensa que hiere, y el llanto que mata.

J. MAR. ¿De suerte que es todo
quimera sin causa?
¿Que no tengo pruebas? ¿Que aquella sor-
[tija?..

CAR. ¿Qué dices? ¿Es esa?...

J. MAR. ¡La prueba palmaria!
Jamás en tu dedo
logré contemplarla.
¡Qué poco apreciaste mi pobre regalo!

CAR. José...

J. MAR. Tal vez otro lo luce ó lo guarda.

CAR. ¡¡Jesús!! ¿Tú sospechas?

J. MAR. ¿Los celos me engañan?
¿Conservas mi obsequio? ¿Mostrármelo pue-
[des?

CAR. ¡Pobreza, á menudo pareces infamia!

J. MAR. No entiendo...

CAR. (Con gran amargura.) Mi oculto
secreto me arrancas;
pesar y vergüenza me cuesta decirlo;
pero oye...

J. MAR. ¿Qué es eso?
¿Qué tienes?
¡Ven! ¡Habla!

CAR. Por esa sortija,
—perdona mi falta

dos viejos comieron un día bien triste:
un día en que todo faltó en esta casa.

J. MAR. ¿Por eso?

CAR. ¡Por eso!

J. MAR. ¿Y así me ocultabas?
Pudiste pedirme...

CAR. ¿No siendo tu esposa?
Yo al dar la sortija pensé en recobrarla.
Después... no he podido...

J. MAR. No sigas.

CAR. Aguarda.
Hoy ya puedo hacerlo. Ven luego, si quieres.
Verás tu sortija; la prueba no engaña.

J. MAR. Vendré; te lo juro.

CAR. La puerta está franca.

J. MAR. ¿Por qué, si eso es cierto, no hablaste hasta [ahora?

CAR. ¿Por qué, si me quieres, dudando me agra- [vias?

J. MAR. Pues, vuelvo.

CAR. ¡Pues, vuelve!

J. MAR. ¿Me esperas?

CAR. ¡Sin falta!

J. MAR. ¡Diosquiera que logres mostrarme la prueba!

CAR. ¡Veremos si aún dudas después de mirarla!
(Mútis José María izquierda.)

ESCENA IX

CARMEN

¡Ay, qué mala es la miseria,
y qué malos son los celos
que así trastornan á un hombre
que es en el fondo, tan bueno!
¿Cómo ha de ver, y ver claro,
si empieza por estar ciego?

ESCENA X

CARMEN y DON CLETO. Este sale, muy gozoso, y como anteriormente, con el cuello del gabán levantado

CLETO ¡Hija!
CAR. ¿Qué, padre?
CLETO ¿Qué tienes?
CAR. Pues, mira, ante todo, tengo
que hablarte.
CLETO Pues habla tonta.
(Me reservaré el efecto,
que va á ser de tres bemoles.)
Pero, ¿qué pasa? ¿qué es esto?
¿Estás llorando?
CAR. ¡No!
CLETO ¡Vaya,
si lloras! ¿Hay algo nuevo?
¿Un recado de la tienda?
¿Un aviso del casero?
CAR. No, nada...
CLETO ¡Tú no te asustes
de la vida! ¿No te quiero?
¿No me miro yo en tus ojos?
¡Dí! ¿No hago yo cuanto puedo
por verte feliz?
CAR. ¡Sí, padre!
CLETO ¡Pues entonces! ¡Fuera miedos
y fuera tontunas! (¡Nada!
Llora más. Renunciaremos
á los tres bemoles.) ¡Mírame!
(Se baja el cuello del gabán, y abre éste, dejando ver la camisa del regalo que lleva puesta.)
CAR. ¡Ay, Jesús!
CLETO ¿Qué te parezco?
CAR. ¡Un príncipe!
CLETO ¡Ya lo soy
por altísimos decretos
de mi hermano!
CAR. Pero, padre,
¿te has visto bien al espejo?
¡Ven aquí! ¡Jesús!

(Lo lleva junto á uno pequeño que estará colgado de la pared.) ¡Qué majo!

CLETO Mira: cualquier día pierdo
la chaveta, me echo al mundo
con un trajecito nuevo,
y vas tú á ver á las mozas
derretirse por mi cuerpo.
¡Porque el *aquél* de los hombres
es la gracia! ¡Olé los viejos
con *agílibus*! ¡Sonríete
muchacha!

CAR. ¡Si es que no puedo!
¡No te enfades!

CLETO ¿Yo? ¡No hay duda!
Debe ser algo muy serio.
(Sin darse cuenta de lo que hace, se levanta el cuello del gabán.)

CAR. Pero, qué haces. ¡Tú!

CLETO ¿Qué pasa?

CAR. ¡Qué te levantas el cuello
del gabán!

CLETO ¡Hija! ¿qué quieres?
¡la costumbre!

CAR. ¡Por supuesto!

CLETO Con que... vamos... ¿Qué sucede?

CAR. Pues... sucede... que me temo
no sé qué... José María
no me quiere, y yo le quiero
tantísimo, de tal modo,
que aunque sus malditos celos
me maten, hasta la muerte
he de seguirle queriendo!

CLETO ¡Lo de siempre! ¡Vamos, hija!
(¡Y yo, qué simple, no haberlo
adivinado!) ¡Ten calma!

CAR. Si es que verás.—Tiene un genio
imposible.

CLETO ¡Bah!

CAR. Y por todo
ha de mover un tiberio.
Si hablo con éste... Si salgo
de casa...

CLETO ¡Bah!

CAR. Si me quedo

reparando en cualquier cosa
por la calle... Si me peino
con cuidado...

CLETO ¡Niñerías!

CAR. Y hoy... vamos... hoy me retuerzo
de rabia, como una loca,
porque él me acusa y yo quiero
defenderme, y me hace falta
una prueba, y no la tengo.

CLETO ¡Calma!

CAR. ¡Padre, necesito
esas dos pesetas!

CLETO (¡Cuerno!)

CAR. ¿Te acuerdas de la sortija
que él me dió?

CLETO ¡Sí que me acuerdo!
(Cogiéndola una mano.)
¿No es ésta?

CAR. ¿Cuál?

CLETO ¡No la tienes!

CAR. En un día de esos negros,
más que la noche, comimos
gracias á lo que me dieron
por ella.

CLETO ¡Carmen!

CAR. Yo quise
sacar poco del empeño,
para poder rescatarla
en seguida. Me ofrecieron
diez pesetas, y no quise
más que dos. Pero con eso
y con todo, no he podido
reservar ni un sólo céntimo
para el rescate, y la pobre
sortija sigue en su encierro
y él me acusa...

CLETO ¡Es un infame!

CAR. ¡Eso no!

CLETO ¡Vaya!

CAR. No es eso,
es que los celos le ciegan
que no puede poner freno
á su enojo, que no sabe
lo que se dice en sintiendo

la inquietud de la sospecha
y el escozor del recelo...

CLETO ¡No llores, por Dios!

CAR. ¡Qué vida
es esta vida! ¡Y qué perro
es este pícaro mundo
que á los pobres nos han hecho!
¡Ya ves tú! ¡Yo finjo siempre
la alegría que no siento!
¡Y es inútil que resista,
que al fin y al cabo me entrego!
¡Hay que envidiar á mi hermano
que vive en mundos risueños
y es feliz; que no padece
la angustia que yo padezco!
¡y él no la sufre, por loco!
¡y yo la sufro, por cuerdo!

CAR. ¡No llores!

CLETO ¡Cuando tú lloras
no he de llorar! Ven. Lloremos
los dos... ¡Tu cara en la mía!
¡tu pecho sobre mi pecho!
¡Para el dolor de los pobres
no conozco más consuelo!
¡Así se parten las penas,
y así nos tocan á menos!
¡Ay, Carmen!

CAR. ¡Padre!

CLETO ¡Hija mía!
¡Yo sí, yo sí que te quiero!
(Se abrazan llorando.)
(Pausa.)

CAR. Verdad.

CLETO Pero, mira, á todo
se puede poner remedio.
¡Yo soy así! ¿Que me achico?
¡Pues al minuto me crezco!
Vamos á ver, si arreglamos
las cosas, por el momento
siquiera...

CAR. ¡Sí, sí!

CLETO ¿Quién tiene
esa papeleta?

CAR. Creo

que Maximino...

CLETO — Corriente.
Son dos pesetas.

CAR. — ¡Sí!

CLETO — ¡Bueno!
(¡Yo las saco de debajo
de las piedras! ¡Ya veremos!)
¿Y eso es todo? ¡Pues no es nada!

CAR. — ¿Hablas de veras?

CLETO — Ya siento
haber tomado las cosas
en trágico. No lo echemos
todo á rodar por subirnos
de repente al quinto cielo.

CAR. — Eso es lo que yo pensaba.

CLETO — Bien, pues ya estamos en eso.
Yo rescato la sortija,
y he de ser yo... porque quiero
ser yo...

CAR. — ¡Como quieras!

CLETO — Salgo,
y á los tres minutos vengo,
¿porque estará en esa casa
de abajo, del entresuelo...?

CAR. — ¡Es claro!

CLETO — Vuelvo á ponerla
en ese pícaro dedo,
y busco en seguida á Pepe,
y habláis, con las almas, luego,
y tú vas y le perdonas,
y bailamos de contento
los tres; ¡y vengan abrazos
y suspiros! ¡y *laus Deo!*

CAR. — ¡Bravo!

CLETO — ¡Ya ves si me animo,
chiquilla!...

CAR. — ¡Qué gusto!

CLETO — En viendo
que se te alegran los ojos,
por más que aún tienes en ellos
dos lágrimas... Tú no has visto
en mitad de un aguacero
que salta de pronto un rayo
de sol... ¡Pues lo mismo es eso!

Tus ojos están llorando
y á la vez se están riendo.

CAR. ¡Maximino!

CLETO ¡Maximino!
¡Ay, Carmen mía! ¡Qué peso
se me ha quitado de encima!

CAR. ¡Vaya unos viejos, los viejos
como tú!

CLETO ¡Ven á mis brazos
para que te estrechen, cielo!
¡Estos son los de tu padre!

CAR. ¡Y los de tu Carmen éstos!

CLETO ¡Maximino! (Se abrazan.)

CAR. ¡Maximino!

CLETO ¡Carmen!

CAR. Voy...

CLETO Espera.

CAR. ¡Vuelvo!
¡Padre, que Dios te bendiga!

CLETO ¡Dios te bendiga, lucero!
(Mútis cada uno por un lado.)

ESCENA XI

CARMEN, DON CLETO, MAXIMINO y DON PACO

CAR. (Dentro.)
¡Maximino!

CLETO (Idem.) Maximino...

MAX. (Saliendo por primera derecha.)
Aquí estoy. Pero ¿quién chilla
de ese modo?

CLETO (Volviendo, viéndolo y yendo hacia él.)
Maximino.

CAR. (Idem.)
¿Dónde estabas?

MAX. Pero, prima...

PACO (Saliendo.)
¿Quién perturba mi reposo
con tan grande algarabía?
¿Qué acontece?

CLETO Pues, ya nada.

PACO ¡Hombre, bien! ¡Muy bien!

CLETO ¿Qué miras?

(Hablan mientras animadamente, en el lado opuesto, Carmen y Maximino.)

PACO Veo que por fin renuncias
á la insolente manía
de andar por estos salones
de palacio sin camisa.
¡Tentabas ya demasiado
mi paciencia!

CAR. (A Maximino.) ¡Sí; la misma!
¡Dámela! ¡La necesito!
¡Pero, en seguida!

MAX. En seguida. (Mútis.)

PACO Y es digna de tí: bordada,
con encaje...

CLETO Vamos, quita.

(Don Cleto hace ademán de taparla.)

PACO No la ocultes.

CLETO Sí la oculto,
para conservarla limpia.
(A Carmen.)
¿Pareció la papeleta?

CAR. Claro que sí. La tenía
Maximino. Ya la trae.
Conque, si me sacrificas
las dos pesetas...

CLETO ¡Ah! tonta.
(Pero, señor; ¿qué podría
yo hacer?)

CAR. ¿En qué estás pensando?

CLETO En nada. (Si doña Rita
la del tercero...)

MAX. (Volviendo.) Aquí está.
(A Carmen.)
¿Es esta, verdad?

CAR. La misma.
Gracias, primo. (A su padre.)
Tome usted.

CLETO Bueno, pues venga la *bimba*,
(Recogiéndola de la silla donde la dejó en la escena segunda.)
y salgo, y en cuatro brincos
estoy de vuelta. ¡Ay, chiquilla!

CAR. ¡Ay, padre!
MAX. ¡Ay, tío!
CLETO (Veremos
si se ablanda la vecina.)
Adiós, tú.
PACO ¿Dónde vas?
CLETO Hombre,
que me arrugas la camisa.
¡Déjame pasar!
PACO ¡Qué sandio!
CAR. ¡Qué bueno! ¡Adiós!
CLETO Adiós, hija.
(Y si no... ¡lo que Dios quiera!
Mejor es... porque la Rita...!)
(Mútis izquierda.)

ESCENA XII

DON PACO, CARMEN y MAXIMINO

CAR. (A Maximino.)
Ya tú lo ves. ¡Me regala
todo cuanto tiene!
MAX. Ay, prima;
si todos fuéramos buenos...
¡qué á gusto se viviría!
PACO Cuchicheos, risas, lágrimas,
vueltas, entradas, salidas...
¡si no está loca del todo,
qué imbécil es mi familia!
¿qué miras?
(A Carmen que, como Maximino, le están mirando fijamente.—Con transición rápida.)
¡Ah! ¡Tú no sabes!
Gracias á mi retentiva
ya casi, casi, conservo
de memoria tu poesía...
Acabo de descubrirlo.
¡Qué verdad es, oh sobrina,
que las personas reales
somos de clase distinta
de los demás, y tenemos
inteligencias clarísimas!

MAX. ¡Decís verdad!
CAR. ¿Quién lo duda?
PACO Atended. Ved si mentía:
«Dábalo ya por perdido
del todo la facultad,
cuando entró un desconocido
y diz que dijo atrevido:
«Yo salvo á su majestad.»

—

»Creyendo que era un beodo
se tomó el suceso á risa,
pero él siguió de este modo:
«Póngase al rey la camisa
de un hombre feliz del todo,

—

y al momento ha de sanar,
como otros muchos sanaron.
Os lo puedo asegurar.»
Los doctores consultaron
y dijeron: «¡A probar!»
¡Já, já!
CAR. Tío Paco...
PACO ¡No miento!
MAX. ¿No ve usted que así se excita?
CAR. Luego se pone usted malo
y es peor.
PACO ¡Calla, sobrina!
(Es como su padre: estúpida.
Tiemblo por mi dinastía.)
(Transición.)
La sé toda, toda entera.
CAR. Pero...
MAX. ¡Señor!
PACO ¡Ah! ¡Qué viva
imaginación! ¡Qué hermosa
inteligencia la mía!
(Sigue cogiendo á cada uno de los otros de un brazo.)

—

«Conmovido el cortesano
con instintivo respeto
estrechó al viejo la mano,

y «Ay, señor», dijo el anciano,
yo soy feliz por completo.

—

Dios me colma de alegría
cuando mi vida se acaba.
Toda esta familia es mía.
El magnate no podía
creer en lo que escuchaba.

—

¡Al fin! La dicha que en vano
buscó entre la gente moza
y entre el brillo cortesano
lo encontraba en una choza
y encarnada en un anciano.

—

Sobre él con fuerza cayó;
acudió su gente aprisa
y al anciano sujetó;
levantó la manta ¡y vió
que no llevaba camisa!»

—

Esto es arte, y arte puro,
¡verdad y filosofía!
(Sentándose y abstrayéndose de nuevo.)
«¡Levantó la manta, y vió
que no llevaba camisa!»

ESCENA XIII

DICHOS y SEÑÁ VICTORIA. Esta entrando apresuradamente, y muy contenta

VIC. ¡Carmen! ¡Carmen!
MAX. ¿Qué sucede?
VIC. Buen notición. Lo he sabido
y vengo...
CAR. Pues, ¿qué ha ocurrido?
VIC. Todo lo mejor que puede

ocurrir. ¡Ay, qué gran día!
¡Qué gran boda!

MAX. A ver, á ver...

CAR. ¿De quién?

VIC. ¿De quién ha de ser?
¡De usted con José María!
No hay nadie ya que no sepa...

CAR. ¡Usted sueña!

VIC. ¿Yo soñar?
Me lo acaba de contar
su madre.

CAR. ¿La señá Pepa?

VIC. Allí está llora que llora.
Ella es quien ha decidido
á José...

CAR. ¿Cómo? ¿Ha podido?...

VIC. Ya sabe usted que la adora.

CAR ¡Pobre vieja! Ya lo sé.

VIC. ¡Vaya un sermón que le ha echado!

CAR. ¿Y él?

VIC. El está avergonzado
de haber ofendido á usté.

CAR. Pero, ¿es posible? ¿es verdad?

VIC. Usted misma lo ha de ver.

CAR. ¡Si no acabo de creer
en tanta felicidad!

PACO (A Maximino.)
¡Los novios! Todos iguales.
¡Qué elección tan acertada!
¿Lo ves? ¡Ya está enamorada
de su príncipe de Gales!

MAX. ¡Mucho!

PACO Le quiere de veras.
¡Bien se ve!

CAR. (Continuando su diálogo con la señá Victoria.)
¡Me hace justicia!

PACO Ven: hay que dar la noticia
á las Cortes extranjeras.

MAX. Formen los alabarderos.

PACO Bien. Muy bien. En todo estás (A Carmen.)
Adiós, hija. ¡A ver si das
á nuestra estirpe herederos!

CAR. ¡Tío Paco!

PACO Tenga por tí

nuevos timbres nuestro escudo.
¡Vamos! (A Maximino.)
(A la señá Victoria..) Duquesa, os saludo.
(A Maximino.)
Gran Chambelán. Ven tras mí.
(Mútis de don Paco y Maximino.)

CAR. ¡Estoy soñando despierta!
VIC. No sueña usté. Ya verá.
Llaman.
CAR. Mi padre quizá.
VIC. Pues yo iré á abrirle la puerta. (Mutis.)

ESCENA XIV

CARMEN, y en seguida DON CLETO

CAR. ¡Pobre tía Pepa! Una hija
tendrá en mí. ¡Se lo ha ganado!
CLETO Ya está el asunto arreglado.
¡Aquí tienes la sortija!
CAR. ¡Gracias!
CLETO ¡Rompió sus cadenas!
CAR. Ya todo es júbilo en casa,
¡todo es dicha!
CLETO Pues, ¿qué pasa?
CAR ¡Que se acabaron las penas!
CLETO ¿De verdad?
CAR. Lo que te digo.
CLETO No te comprendo, hija mía.
Dí claro...
CAR. José María
quiere casarse conmigo.
CLETO ¿Es posible? ¡Dios piadoso!
CAR. La portera lo asegura.
Está arrepentido, y jura
no volver á ser celoso.
CLETO ¡Dios mis súplicas oyó!
CAR. ¿Lloras?
CLETO ¿Te parece raro?
CAR. ¡Padre!
CLETO ¡Ya tienes amparo!
¡Ya puedo morirme yo!

CAR. ¡Bah! ¿Quién piensa en eso?
CLETO ¡Sí!
CAR. ¡No, no! qué vivas espero,
para ver lo que te quiero ..
J. MAR. (Que oye, al entrar, la frase.)
¡Y lo que él te quiere á tí!

ESCENA XV

DICHOS y JOSÉ MARÍA

CLETO ¡Muchacho!
CAR. ¡José María!
J. MAR. ¡Démoslo todo al olvido!
A tí vengo arrepentido.
¡Perdóname, Carmen mía!
CLETO Mi única joya te llevas.
CAR. La prueba que te ofrecí.
¡La sortija!
J. MAR. Es cierto, ¡sí!
Pero ya no quiero pruebas.
Te he ofendido sin razón.
He sido injusto, insensato;
pero nació mi arrebato
de mi cariño. ¡Perdón!
¡Dejé al fin de ser celoso!
¡La enmienda firme será!
CAR. No me engañes.
J. MAR. ¿No estoy ya
decidido á ser... tu *esposo*?
CAR. Tu madre nos dá la suerte,
porque ella es quien te aconseja...
J. MAR. Es verdad. La pobre vieja
quedó rabiando por verte.
¡Te quiere con su alma toda!
CAR. Y yo haré cuanto ella exija.
¡Seré su enfermera, su hija!
MAX. (Que ha entrado poco antes.)
¿Qué es esto? ¿Por fin hay boda?

ESCENA XVI

DICHOS y MAXIMINO

J. MAR. ¡La habrá!
MAX. ¡Por fin los casé!
CLETO ¡Se la llevan!
J. MAR. ¡Eso no!
Ella no se va. Soy yo
quien se queda junto á usté.
CLETO ¡Hijo!
J. MAR. ¡Los dos lo seremos!
CLETO ¿No sueño? ¡Virgen bendita!
J. MAR. Usté es viejo, y necesita
que entre los dos lo cuidemos.
MAX. ¡Adiós, murga callejera!
CLETO (A José María.)
¡Eres bueno!
J. MAR. Soy su amigo.
Y ahora, Carmen, ven conmigo;
ven, que mi madre te espera.
CLETO ¡Sí! ¡Vé!
CAR. ¡Pues, adiós!
CLETO ¡Adiós!
CAR. ¡Volveré pronto; descuida!
CLETO ¡Adiós, hija de mi vida,
y El os bendiga á los dos!
(Mútis Carmen y José María por la izquierda.)
MAX. ¡Es mozo de buena cepa,
aunque algo desconfiado...
Y luego tiene á su lado
á un ángel: ¡la señá Pepa!
¡Con buena chica se casa!
CLETO ¿Qué dices, sobrino mío?
MAX. ¡Que estoy muy contento, tío,
y que voy á ver qué pasa!
(Mútis izquierda.)

ESCENA XVII

DON CLETO y DON PACO

CLETO ¡Qué alegría! ¡De qué modo
Dios nuestra casa bendice!

PACO (Que ha salido por la puerta del fondo.)
(¡Estoy soñando! ¿Qué dice?)

CLETO ¡Soy feliz, feliz del todo!
¡Del todo! ¿Habrá quien se tenga
por más feliz? ¿Quién se llame
feliz á mi lado?

PACO ¡Ah! ¡Infame!
¡La camisa! ¡Pronto! ¡Venga!

CLETO ¡Paco! ¿Qué dices?

PACO (Abriéndole el gabán violentamente.)
¡Aprisa!

CLETO No la tengo.

PACO ¿Cómo? ¿Qué?

CLETO Fué preciso... ¡La empeñé!...

PACO ¡Claro! ¡No tiene camisa! (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Carlos Fernández Shaw

TEATRO

Drama en cuatro actos:

Severo Torelli.

Zarzuelas en tres actos:

La llama errante.
Los hijos del batallón.
Don Lucas del Cigarral.
La canción del náufrago.

Comedia lírica en un acto:

La venta de Don Quijote.

Sainetes:

Las bravías.
La revoltosa.
Las castañeras picadas.
Los buenos mozos.
¡Viva Córdoba!
Los pícaros celos.
El maldito dinero.

Melodrama en un acto:

La puñalada.

Zarzuelas en un acto:

El cortejo de la Irene.
La chavala.
El gatito negro.
Polvorilla.
La buena ventura.
Los timplaos.
El tirador de palomas.
El tío Juan.
Las grandes cortesanas.
Tolete.
El alma del pueblo.

Comedia musical:

El Certámen de Cremona.

Comedia en un acto y en verso:

El hombre feliz.

POESÍA

Poesías.
El defensor de Gerona.
Poemas de F. Coppée, traducidos en verso castellano.
Tardes de Abril y Mayo.

ESTUDIOS LITERARIOS

Relaciones entre la Ciencia y la Poesía. Memoria leída en el Ateneo de Madrid.

De François Coppée y de los poetas líricos franceses contemporáneos. Prólogo á la traducción de los poemas de Coppée.

Precio: UNA peseta